

## LISTA DE COSAS PENDIENTES

### Antón Valdoviño

El diagnóstico llegó un martes, que es el día de la semana que menos merece que le ocurran cosas importantes. No fue en un despacho solemne con luz tamizada ni con la voz grave de un médico de película: fue en una sala pequeña con una planta de plástico en el alféizar, y el doctor hablaba con la amabilidad eficiente de quien lleva el día entero diciendo cosas difíciles y ha aprendido a decirlas sin que le tiemblen las palabras, porque si le temblaran las palabras no podría seguir diciéndolas.

Volví a casa en autobús. No sé por qué en autobús. El coche estaba en el aparcamiento del hospital y yo me subí al autobús como si mis piernas hubieran tomado una decisión sin consultarme, y me senté en el último asiento y miré por la ventanilla el paisaje ordinario de una ciudad que no sabía lo que me acababa de pasar y que tampoco tenía ninguna obligación de saberlo.

Cuando llegué a casa abrí el ordenador. No para buscar en internet —eso vendría después, las noches de internet, las espirales de terminología médica a las tres de la mañana, todo eso vendría— sino porque necesitaba hacer algo con las manos que no fuera quedarme quieta esperando que el miedo tomara posesión del territorio. Y escribí en la parte superior de un documento en blanco:

## LISTA DE COSAS PENDIENTES

Y me quedé mirando el cursor parpadeando durante un tiempo que no supe medir.

Luego empecé a escribir.

1. Aprender a silbar de verdad, no ese silbido cobarde de labios apretados.
2. Terminar la serie que dejé en el capítulo cuatro hace año y medio.
3. Decirle a Concha que su amistad ha sido el mejor acompañamiento de mi vida adulta, aunque no usemos esa palabra entre nosotras porque nos da vergüenza decir las cosas bonitas en voz alta.
4. Volver al pueblo de mi madre. Entrar en la casa. Tocar las paredes.
5. Aprender a hacer pan. El de verdad, el que tarda.
6. Decirle a mi hija que el cuidado que me ha dado desde que era pequeña, antes incluso de que yo me diera cuenta de que lo necesitaba, es la cosa más generosa que he recibido jamás.
7. Ver amanecer desde la sierra. Una vez al menos.
8. Leer ese libro que lleva tres años en la mesilla mirándome con paciencia de santo.
9. Perdonar a alguien que no se lo merece, no por él sino para no seguir cargando con el peso de no haberlo hecho.
10. Algo más. No sé qué todavía. Lo añado cuando lo sepa.

La lista tenía algo de absurdo y algo de salvavidas. La guardé. Cerré el ordenador. Y curiosamente, esa noche dormí.

Los meses siguientes tuvieron la textura específica de las cosas que uno no elegiría pero que, una vez dentro, descubres que tienen su propia forma de enseñarte. La quimioterapia convierte el tiempo en una sustancia distinta: hay semanas que pesan como meses y días que se evaporan antes de que puedas fijarlos. Aprendes a negociar con tu propio cuerpo como se negocia con un vecino difícil: con respeto, con paciencia, aceptando que hay días en que la convivencia simplemente no va a ser cómoda.

Concha venía los martes. Siempre los martes, sin que se lo pidiera, con una consistencia que era la forma más silenciosa y más firme de decirme que no estaba sola. A veces traía comida. A veces traía nada y se sentaba en la silla de la cocina y hablábamos de cualquier cosa que no fuera lo que teníamos delante, que es también una forma de cuidado, saber cuándo no nombrar las cosas para que respiren. Otros días llorábamos las dos sin que ninguna dijera por qué, porque ya lo sabíamos, y llorábamos y luego nos tomábamos un té y seguíamos.

Mi hija me cortó el pelo el día que empezó a caerse. Fue ella quien lo propuso, con esa fortaleza suya que no viene del no tener miedo sino de tenerlo y hacer las cosas de todas formas, que es la única clase de fortaleza que existe de verdad. Lo hizo despacio, con unas tijeras de cocina que no eran las indicadas para eso y que sin embargo dejaron el trabajo perfectamente hecho. Luego me miré en el espejo y estuve un momento quieta, y lo que vi no me gustó y tampoco me destrozó, que ya era algo.

Fui volviendo a la lista en los momentos improbables: una mañana de náuseas en que abrir el ordenador era lo único que me apetecía hacer, una tarde de hospital en que me habían dejado sola un momento en la sala de espera. La fui modificando con la honestidad desordenada de quien ya no tiene energía para mentirse:

~~1. Aprender a silbar de verdad.~~

→ *Lo intenté tres semanas. No tengo oído. Lo acepto.*

~~3. Decirle a Concha que su acompañamiento ha sido el mejor de mi vida adulta.~~

→ *Se lo dije un martes. Se puso a llorar. Yo también. Tachado.*

~~6. Decirle a mi hija lo del cuidado.~~

→ *El día del pelo. No hicieron falta palabras pero las dije igual.*

9. Perdonar a alguien que no se lo merece.

→ *Sigo sin poder. Lo dejo para después. O para nunca. Ya veremos.*

10. Algo más.

→ *Ya sé qué es. Lo escribo al final.*

La ilusión, descubrí, no es una emoción que se convoca. Es más bien una grieta: aparece sola en los sitios donde el miedo se ha gastado un poco, donde ha dejado un hueco sin querer. Apareció un mediodía de febrero, frente a una ventana

con sol de invierno, cuando me di cuenta de que tenía ganas de que llegara la primavera. Era una cosa pequeña y era todo.

El alta llegó en un martes también, como cerrando un paréntesis que el calendario había abierto sin consultarme. El doctor usó palabras que sonaban a buenas noticias y yo las escuché con la parte de mí que ya había aprendido a no fiarse del todo de los martes, y también con la parte que sabía que había que fiarse de algo o no se puede seguir.

Esa noche abrí el documento. Taché lo que quedaba por tachar. Añadí debajo del punto diez lo que llevaba meses sabiendo que era:

10. Esto. Exactamente esto: haber llegado hasta aquí siendo reconociblemente yo.

Lo taché también.

Abrí una página nueva.